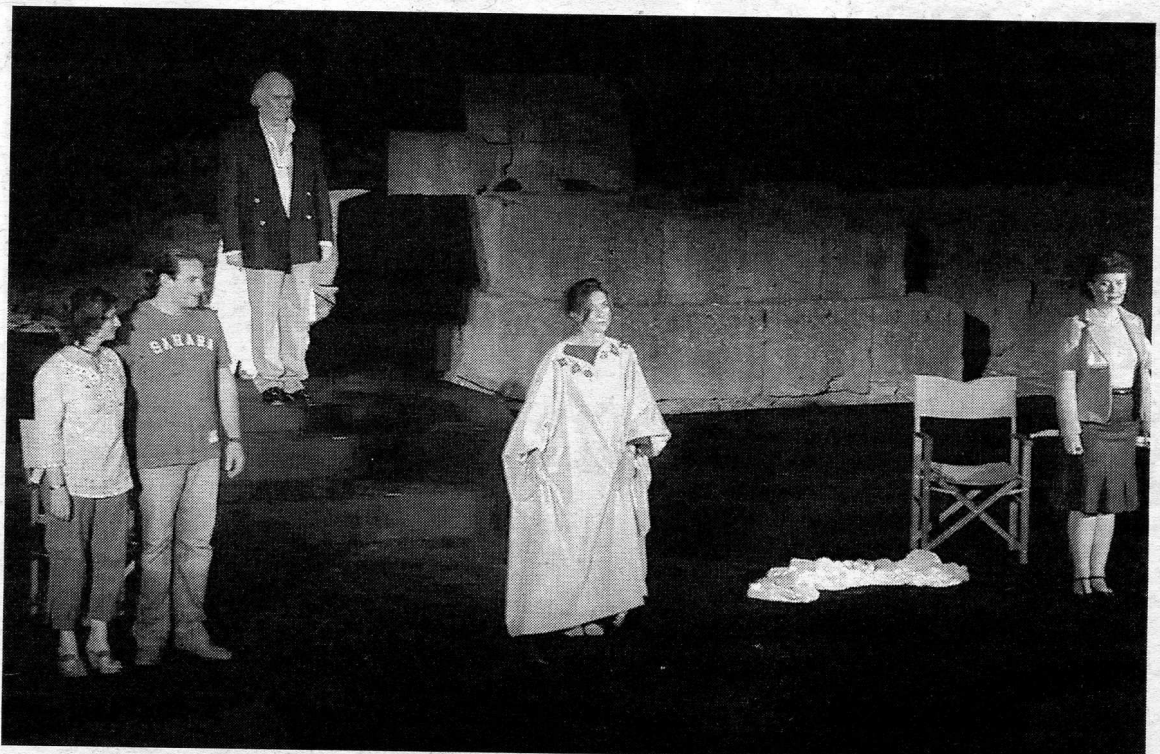


TEATRO

Bolonia, 1.700 años después

La Asociación de Empresas Familiares cierra su curso con una obra de teatro en el recinto de Baelo Claudia

JOSÉ LUIS TOBALINA



ESCENA. Los actores, en un momento de la representación.

E.S.

■ ALGECIRAS. Como de la nada, tras 1.700 años dormidos, los aplausos comenzaron a surgir desde el interior de las piedras del viejo teatro de las ruinas de Baelo Claudia. De cada rendija, desperezándose tras siglos olvidados, se alzaron con la suave brisa de Levante y se fueron a buscar las olas que lamían la orilla de la playa. Era la mágica noche de San Juan, cuando dicen que el fuego purifica las almas. Sobre la piedra de la Historia, allí donde la civilización romana dejó sus grandes pasiones en forma de comedias y dramas, un grupo de actores del Campo de Gibraltar, aunados por la Asociación de Empresas Familiares de Andalucía, hizo de nuevo historia. Nunca, en todos esos miles de años, actores algunos habían osado hacer escena en ese mítico lugar. En la noche del viernes, ellos lo hicieron para traernos un *Perfume de lavanda* hasta el olfato, para dejar en el ambiente la sensación auténtica de pertenecer a un grupo de privilegiados espectadores en un momento único e irrepetible.

La Cátedra de Empresa Familiar y la Universidad de Cádiz, en perfecta armonía con la dirección del complejo arqueológico de Baelo, hicieron posible el milagro de ver

surgir entre las ruinas, perfectamente conservadas, a personajes de la vida real o soñados en una pieza teatral ideada como herramienta de reflexión para aquellas familias que manejan un negocio que, a veces, se puede escapar de las manos. La decisión vital del personaje central, Agustín Campos (interpretado con la majestuosa conciencia teatral de Manuel Bueno), es el eje en el que se basa esta pieza surgida de la mente de Mario Carranza (el guionista accidental como le gusta autodefinirse). Alrededor del protagonista se mueve su familia. Sus hijos Mercedes (una Manuela Rojas siempre imprescindible en la escena campogibaltareña), Eduardo (un Ángel Luis Gómez visceral,

emotivo, serio y comprometido) y Lucía (juventud hecha inocencia en el rostro de Juliana Santos); su segunda mujer Hilde (Matilde Trelles conjugando emocionalmente el verbo interpretación); y el hijo con esta, Stefan (Ventura Rabasco definiendo escénicamente la juventud en estado puro), forman una familia como pudiera ser la de cualquiera con una empresa en sus manos.

Ambiciones, recelos, visiones de futuro más o menos egoístas conforman una trama que parece destinada al fracaso empresarial de no ser por la aparición de la conciencia del ser humano en forma de Hedone, mujer de hoy reencarnación de romana (Montse Pérez acentúa la emoción hasta lími-

tes sin definición posible con la palabra).

Más de 300 mortales pudieron beneficiarse de estar en un momento único e irrepetible en un lugar mágico. Abrir el teatro romano de Baelo (favor que le debemos al director del complejo Ángel Muñoz) es un acierto que debería repetirse. Hasta entonces, un grupo de privilegiados ha hecho historia al pisar el escenario donde tantas y tantas obras debieron hacer las delicias de unos seres humanos que, 1.700 años antes, vivían mirando el mar Mediterráneo, que les dejaba su regalo en forma de olas acariciando la playa de uno de los parajes que aún permanecen casi vírgenes en Andalucía: Bolonia.